Cómo se llega a ser niño: un viaje personal

Óscar Reyes

Les contaré del niño, de cómo el pequeño cabeza redonda se convirtió en "hombre", o más bien en "niño". Porque como ustedes sabrán no se nace naturalmente niño o niña, sino que se llega a ser, en un proceso largo, cotidiano y las más de las veces muy, muy doloroso. Así, a través de las anécdotas que le ocurrieron a este pequeño me gustaría que reflexionáramos sobre las implicaciones sociales y culturales de ser niño o niña, o más bien, de convertirse en infante.

Cabeza redonda fue el más pequeño de una familia de cuatro hermanas y dos hermanos. De éstos el mayor era un flacucho al que apodaban "el cachorro", por ser la mascota de una pandilla de barrio, a la cual se hizo para adquirir su propia identidad de varón, pero bueno, ese es otro cantar.

Lo que sí conviene es señalar es que Cabeza Redonda no tuvo una figura masculina cercana, bien, porque su padre vivía de mojado en los meros "Yunaires Estates" o porque su hermano "el cachorro" se la pasaba todo el día con la jauría callejera.

Se han de imaginar que siendo el menor las hermanitas dispusieran de él como su juguete predilecto, hasta sobrenombre le pusieron, "Oscarín" era "el bebé" cuando jugaban a las comiditas; fungía como el menor de los "tres cochinitos", y a veces, muy en veces, le tocaba hacer el papel de papá cuando jugaban a la familia, pero lo representaba con tal mal tino que inmediatamente era sustituido por la hermana mayor, "la perrucha", para más señas.

Imagínense a este chico cuando, entre curiosidad y admiración, miraba desde la ventana de su casa guarida a los demás chavos del barrio, quienes con trompo a la uña, balero al hombro y resortera en mano iban a bañarse solos al estanque, entre risas y palabrotas y pateando un balón. Ese era otro rollo, un mundo ancho y ajeno para Cabeza Redonda.

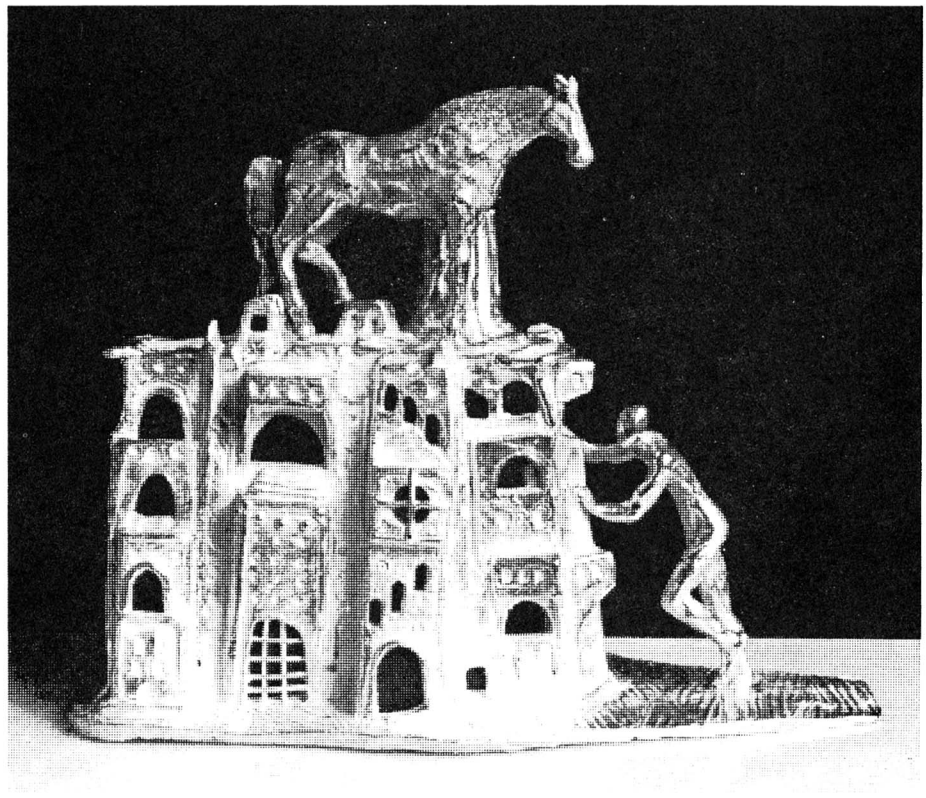
Sin habilidad pá las canicas, pá la tapita y mucho menos para el trompo, Cabeza Redonda ingresó a la primaria y aterrado se vio rodeado de seres que a empujones, malas palabras y luchitas se forjaban como niños. Cabeza Redonda intentó ingresar al gremio, y de veras lo intentó. Trepaba árboles, escupía al cielo, orinaba lejos y se pellía en rueda. Le intentó al yo-yo y al balero. Su aprendizaje le valió torceduras, quemaduras, raspaduras por aquí y por allá, y hasta un brazo quebrado. Lo suspendieron del grupo, se hizo la pinta, se salía sin permiso de casa, pero quien sabe por qué extraña razón no se podía convertir en niño, le seguían diciendo simplemente "Oscarín".

Y entre batazos y pelotazos transcurrió el tiempo hasta el fatídico día de su bautizo, es decir, de aquel día en que a los ocho años le enseñaron el arte del trompo y las patadas. La cosa sucedió más o menos así:

Un día en la escuela un chiquillo güero, pelón, mal hablado y travieso, agredió verbalmente a su hermana, creo que hasta "mamacita" le dijo. Cabeza Redonda no supo cómo actuar inmediatamente ante tamaña agresión a su hermanita del alma, a su gemela postiza: "igual de cabezones", decía la gente que los veía deambular por la calle.

Bien, esa noche Cabeza Redonda no durmió, sabía que "como hombre" no debía permitir la deshonra de

una mujer cercana y menos a su hermanita de nueve años, quien había sido verbalmente mancillada. A la mañana siguiente juntó toda su resquebrajada hombría de ocho años y con la frente en alto y los pies temblando fue a retar al insolente güerillo.



"A la salida", dijo éste. Y así empezó el murmullo apagado de los compañeritos en el salón de clase, el bullicio sonoro en el recreo y la grita al aire a la salida de clase: "pleito, pleito", gritaban todos. Bueno, eso creía él.

Así, justo enfrente de la escuela, en el parquecito futbolero, dos escuincles frente a frente. "En esta esquina con camisa de Astro Boy y pecas al frente y hasta en la sonrisa, el güerejo patas de conejo". "En esta otra, de pantaloncito de pechera y casquete corto: Oscarín".

El campanazo bucal estaba dado, un escupitajo que lanzó al rostro el pecoso fue la señal de inicio del cotejo. Abrazos, empellones, rasguños y trompadas volaban de ambos contendientes. El sudor, el temblor, las ganas imprevistas de orinar, el ardor en la cara y en el cuerpo, el miedo en el alma, las ganas de llorar y salir huyendo emergían del diminuto ser de Cabeza Redonda. En eso estaba pensando cuando distinguió entre la algarabía voces y rostros familiares. "Pégale a ese pinche güero, no te dejes, muérdelo, túmbalo...", eran las indicaciones que desde la esquina imaginaria salían de los labios de sus hermanas y hasta de su prima "La Pituca".

Allí estaban ellas impulsándolo a que a través de un bautizo de puñetazos y sangre llegara a convertirse en "hombrecito". La motivación y la suerte cambiaron de lugar y un sonido le supo a verdadera gloria: cuando menos se lo esperaba el güero desabrido dijo "ya estuvo, ahí muere". El "raun" había concluido y las hermanas junto con algunos "compas neritos" celebraron el celeberrésimo triunfo, que en realidad no era una victoria, sino la forma bárbara y salvaje en que se llega a ser niño. ♦